



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	021
EXP.	068
DOC.	0015
FOJAS	1-18
FECHA (S)	1992

LA HUAXTECA EN LA HISTORIA Y EN EL ARTE

A manera de introducción.

La colección de arte huasteca que guarda el Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana en Xalapa, complementa, de manera rotunda, la visión de conjunto de las tres excelsas culturas que habitaron en la costa del Golfo de México, antes de la llegada de los españoles. Se trata de un grupo de objetos de arte y arqueología, escogido en calidad y armonioso en cantidad. De ahí que, lo mismo el visitante que el estudioso puedan reconstruir, apoyados en tales objetos, lo que hoy se conoce de la cultura huasteca.

Mesoamérica es el término con el cual se nombra la macroárea geográfica y cultural que incluía -en tiempos cercanos a la conquista de lo que fue después la Nueva España- a pueblos que hablaban distintas lenguas y que produjeron diferentes estilos artísticos. La macroárea se definió, en 1943, con base en rasgos culturales comunes, practicados por los pueblos que vivían en lo que es ahora la República Mexicana y algunas de las de Centroamérica.

Por ello se puede hablar de unidad -la macroárea-, y de diversidad: los pueblos que -en distintas regiones y diversos tiempos-, con su lengua y su arte, construyeron en Mesoamérica, lujoso mosaico cultural y estilístico, perfectamente integrado. De tal modo que, si bien es cierto, que esos pueblos hacían uso de semejantes sistemas agrícolas, cultivaban las mismas plantas fundamentales para su dieta, conocían de calendarios solares y rituales similares, y tenían otras conductas culturales equivalentes entre sí; también es verdad, a manera de ejemplo, que los teotihuacanos fundaron un estilo en su arte, tan distinto del establecido por los mayas, que no se pueden confundir. Dicho de otro modo, cada cultura, cada pueblo, cada región, tenía su propia y sobresaliente identidad estilística.

La huasteca es una de las regiones de Mesoamérica, se distingue notablemente de otras, por la singularidad de las obras

de arte creadas por sus habitantes en arquitectura, en escultura, en cerámica, en pintura y en ornamentos en concha. Es una de las porciones del mosaico intensa individualidad.

Se sabe que los huastecas ocuparon en tiempos prehispánicos -inmediatamente anteriores a la conquista española- el norte de Veracruz, el oriente de Hidalgo, el noreste de Puebla, el sureste de San Luis Potosí y, una pequeña porción de Tamaulipas. El territorio huasteca ocupó con área con diversidad de paisajes y de climas, desde las calurosas e insalubres zonas costeras hasta las partes elevadas y frías de la Sierra Madre Occidental, el Altiplano Potosino y la escarpada Sierra de Tamaulipas. Numerosos ríos recorren este amplio territorio, los principales son: al norte, el Soto la Marina, el Tamesis y, el complejo Moctezuma-Pánuco; por el sur, el río Tuxpan es el más importante.

El idioma huasteco es una de las lenguas mayances, pero se separó del tronco común desde tiempos remotos; los descendientes de los antiguos huastecas aun hablan el mismo idioma. Es así que, en la huasteca vivieron gentes que participaron de algunos de los rasgos que dieron unidad cultural a Mesoamérica, pero se distinguieron, de manera en verdad excepcional, por la creación de un singular estilo artístico.

Acerca de la historia de la huasteca.

Hay noticias -y no pocas- sobre los huastecas, en las fuentes escritas desde principios de tiempos coloniales; Sahagún se ocupa de ellos, y Durán los menciona ampliamente; también se les encuentra referidos en otros cronistas como Torquemada, Alva Ixtlilxóchitl, López de Gomara, Motolinía, Vetancourt, Chimalpahin y Muñoz Camargo. Sin embargo, la información recabada por los primeros relatores que llegaron a la Nueva España -repetida en las fuentes más tardías- no incluye hechos, creencias y costumbres de épocas anteriores al posclásico tardío (1200-1520).

No hay datos escritos contemporáneos a tales épocas; por ello la información más certera es la que guarda la obra de arte. Esta encierra múltiples y hondos significados que pueden

indicarnos desde el grado de desarrollo técnico hasta complejas creencias, rituales, y mitologías. En todo caso, el conjunto homogéneo de objetos de arte, son inevitablemente indicadores de un estilo, en un tiempo, y en un rumbo determinado. Eso ocurre con el arte de la huasteca, nos permite confrontar un estilo que revela facetas de los hombres que lo crearon y que apunta con prístina claridad una "voluntad de forma" -en términos de Worringer- que devela una concepción ordenada y geométrica de su universo.

Para aproximarse a los tiempos -fechas estimativas- y al desarrollo cultural de la huasteca, conviene apoyarse en las propuestas de los arqueólogos que han explorado la región. En la región que me ocupa, los estudios arqueológicos son verdaderamente escasos y los sistemas de fechamiento se basan en las características y cambios en la cerámica. Han sido estudiados, de modo principal, en Tampico y Pánuco por Ekholm (1944) y en Pánuco por Mac Neish (1954). La cronología sugerida por estos autores ha sido modificada y adaptada al marco de referencia general de las cronologías mesoamericanas por Piña Chán (1967), García Payón (1976) y Ochoa (1979). A continuación se reproducen las particulares de Ekholm y Mac Neish y la comparativa general publicada por Ochoa.

Los textos de los cronistas del siglo XVI son, sin duda, herramientas apropiadas para un acercamiento a las culturas prehispánicas. Conviene, sin embargo, señalar que hay evidente distancia entre los modos de ver el mundo de los pueblos aborígenes de América y los españoles en el siglo XVI. Y aunque por ello no puedan ser aceptados literalmente, la información que guardan es, las más de las veces, apoyo indispensable para una más cabal comprensión. En el caso de los huastecas la información es valiosa y de indudable provecho. Así, debe recordarse lo que escribió Fray Bernardino de Sahagún respecto de los nombres con que conocían a los habitantes de la región huasteca, dice así:

"El nombre de todos estos de la provincia que llaman *Cuextlán*, donde los que están poblados se llaman *cuexteca*, si son muchos, y si uno *cuextecátl*; y por otro nombre *toueyome* cuando son muchos, y cuando uno, *toueyo*, el cual nombre quiere decir pròjimo. A los mismos llamaban *panteca* o *panoteca*, que quiere decir hombres del lugar pasadero, los cuales fueron así llamados porque viven en la provincia de Pánuco que propiamente se llama *Pantlan* o *Panotlan*, quasi *Panoayan*..." (tomo III, libro Décimo, cap.XXIX: 202-203). Queda claro que los *cuexteca* eran los huastecas y habitaban en la región de Pánuco al tiempo de la conquista.

Sahagún adjudica también, a los huastecas, ser "dizque los primeros pobladores que vinieron a poblar a esta tierra de México, que se llama ahora India Occidental, llegaron a aquel puerto /Pánuco/ con navíos con que pasaron aquella mar..." (tomo III, libro Décimo, cap.XXIX:203). En efecto, con base en esta antigua tradición, se ha supuesto que los huastecas navegaron por la costa del Golfo de México -no se podría afirmar que este fuera su lugar de origen, ni que hubieran sido quiénes primero poblaron el lugar-, pero, sí es legítimo suponer que tuvieron intercambio cultural y comercial con otros pueblos que habitaban esa costa.

Por otra parte hay, en los textos del siglo XVI, una suerte de repetición de la leyenda del *Quetzalcóatl* de Tula, con los hechos, también legendarios imputados a *Cuextecátl*, jefe de los huastecas. Es así como se describe, con detalle, como el rey *Quetzalcóatl* se embriagó con cinco tazas de pulque y por su mala conducta se vió obligado a abandonar a su pueblo, los toltecas, y a huir hacia la costa: "Luego se fueron a Tlillan Tlapallan, el quemadero...Se dice que en este año 1 ácatl, habiendo llegado a la orilla celeste del agua divina (a la costa del mar)..." (Anales de Cuauhtitlán, 1979:11)

Sahagún relata acciones que atribuye a *Cuextecátl*, que son, en esencia las mismas que animan lo que se dice de *Quetzalcóatl*:

"Pero, se dice que *Cuextecátl*, Jefe de un grupo de gentes de una misma lengua,

cuerto no bebió solamente cuatro (tazas) sino que cuando hubo tomado cuatro

pidió todavía otra. Así bebió cinco.

Con ello bien se embriagó, bien se intoxicó.

Ya no supo como andaba, Y allí, delante de la gente,

se quitó y arrojó su braguero, y dicen que sus vergüenzas quedaron al descubierto.

Y con vergüenza el Cuextécatl se fué,

se llevó a su pueblo.

Todos los que entendían su lengua, se fueron, se pusieron en movimiento.

Se dirigieron allá, se fueron a Panutla, /Pànuco/ allí se establecieron..." (Léon Portilla, 1965:26-27).

En otro lado, el mismo fraile cronista señala que: "Los defectos de los cuextecas son, que los hombres no traen maxtles con que cubrir sus vergüenzas" (tomo III, libro Décimo, cap. XXIX:204). Estas relaciones de Sahagún y de sus informantes, son me parece, de interés primordial. Expresan el concepto que por entonces dominaba acerca de este pueblo, considerado como de malas costumbres y faltas a la moral. En efecto, son los datos más antiguos en que se apoyan algunos autores modernos para suponer que, los huastecos tenían inclinación por los cultos fálicos. Acaso, pienso, llamaron excesivamente la atención, en la comunidad mexicana, de donde salieron los informantes de Sahagún, por andar desnudos y por embriagarse fuera de lo permitido según sus costumbres. Así, se han interpretado, como fálicas, algunas esculturas masculinas que carecen de vestuario.

Tanto Sahagún como Durán -éste último de manera insistente- han puesto hincapié en su ferocidad en la guerra, de manera tal que aterraban a los propios mexicas por que se pintaban los

cuerpos de vivos colores, gritaban estrepitosamente, y producían gran bullicio con cascabeles y sonajas.

Acerca de su físico se ha dicho que "la disposición de su cuerpo, es que son de la frente ancha y las cabezas chatas; y los cabellos traíanlos teñidos de diferentes colore...Tienen los dientes todos agudos porque los aguzaban a posta y los teñían de negro y otros colores"(tomo III, libro Décimo, cap. XXIX:203) En cuanto a su vestuario y ornamentos usaban: "brazales de oro en los brazos, y en las piernas unas medias calzas de pluma; y en las muñecas de las manos unas muñecas de *chalchihuites*; y en la cabeza, junto a la oreja, poníanse plumajes hechos a manera de aventadores, y a las espaldas unos plumajes redondos a manera de grandes moscaderos de hojas de palma..."(tomo III, libro Décimo, cap. XXIX:203). En las esculturas en piedra, se pueden observar los rasgos faciales descritos por Sahagún y, así mismo como gran número de las monumentales estatuas se adornan con lujosos tocados en forma de abanico equivalentes a los "aventadores" antes mencionados. No me cabe duda, las esculturas destinadas a permanecer, recogen, entre otras cosas, lo percibido en lo cotidiano y lo natural. En ellas se guarda, también lo imaginado, lo ideal, lo sobrenatural, de ahí la estructura geométrica y el hieratismo incommovible de rostros y cuerpos en las imágenes de la huasteca.

Los huastecas quedaron sojuzgados, en definitiva, durante el gobierno de Ahuizotl, el emperador mexicana, pero previamente habían reducido sus territorios en tiempos de Axayácatl y de Tízoc. Hacia 1519 se inició la penetración española con Alonso Alvarez de Pineda quién alcanzó la barra de Pánuco y encontró, en la ribera del río, algunos poblados huastecas.

Las obras de arte.

He dicho líneas arriba que las obras de arte son la fuente primera de información cultural al faltar documentos escritos contemporáneos que iluminen sobre la historia, las creencias y las costumbres de los pueblos que las crearon. Su existencia resulta inapreciable; testigos son de aquellos que fueron

creadores de civilización. Si en algún modo podemos aproximarnos a los que tales obras realizaron, es tratando de comprender el lenguaje artístico de que se valieron. De tal suerte que haré mención de los rasgos característicos del arte huasteca, en las disciplinas que mayormente dominaron, con el objeto de tener una aprehensión más justa de su valor.

Arquitectura.

Debido a las escasas exploraciones arqueológicas en la región, se conocen -en proporción con la extensión- pocos edificios, y de estos, en lo general, sólo se han estudiado de modo parcial.

La característica más común es la planta circular; se presenta en todo tiempo de la historia huasteca. Hay, sin embargo variantes regionales y temporales. Parece legítimo suponer que las edificaciones de planta circular tienen origen en esta región. Uno de los edificios más antiguos está en El Ebano, Tamaulipas, tiene planta circular, y sobre ella, una especie de casquete hemisférico. Otro rasgo diagnóstico, que se muestra ya en El Ebano, es que el núcleo de la construcción, está hecho de lodo sin recubrimiento aparente.

El uso de formas redondeadas y de plantas circulares se puede explicar, según Ochoa (1979:59) por "...la falta de materiales pétreos...y al régimen de humedad...el empleo de esquinas o ángulos es más factible si se utiliza la piedra". Ekholm, (1944:51) por su parte considera también que "La arcilla es demasiado deleznable para las formas rectangulares". W. du Solier (1945:133) supone que la preferencia por las formas redondeadas tiene que ver con el culto a Quetzalcóatl.

Tal parece que es hasta el período clásico (300-900) cuando se comenzaron a fabricar construcciones de planta cuadrada o rectangular -con esquinas redondeadas- y a usar la cal de manera limitada. La simplicidad de las edificaciones huastecas contrasta, de manera ostensible, con la riqueza en el resto de la arquitectura en Mesoamérica. Se inicia la combinación de plantas circulares con rectangulares, como en Buenavista Huaxcama, San

Luis Potosí. Hacia finales del período clásico, o, acaso, un poco después, comienza la vigorosa influencia de El Tajín, evidente, sobretodo por el uso del tablero escalonado que limita el talud.

Durante el período posclásico (900-1520) se hacen frecuentes, además de las plantas circulares, las que combinan felizmente círculo y rectángulo, a la vez que otorgan carácter de identidad a las construcciones huastecas. Entre los sitios mejor conocidos están Tamtok y Tamuín; el primero cuenta con pirámides y edificios de planta circular agrupados en plataformas de poca altura. En Tamuín hay muchos montículos ordenados alrededor de plazas. Las construcciones mas importantes se encuentran en el Montículo A, conjunto de tres edificios unidos; un basamento con un templo y, sobre una plataforma, dos altares, uno con forma de cono truncado cubierto con pintura mural, y otro con apariencia semejante a la de un brasero mexicana. En todas las construcciones el núcleo es de lodo y piedra, los revestimientos son de lajas unidas con lodo y los muros en talud se fabricaron con sillares de piedra. Teayo, indican con claridad la imposición de un

estilo. Otros edificios con arquitectura de mamposteria y edificios de planta circular son Las Flores en Tampico; Huejutla en Hidalgo; Tancanhuitz, Cuatlamayan y Tamposoque en San Luis Potosí y Cacahuatenco en la huasteca meridional. El empleo de alfardas, y otros rasgos comunes a la arquitectura mesoamericana, se inicia muy tarde en la huasteca, posiblemente, hacia el clásico tardío.

En algunos sitios como La Flores, Tancol y Tabuco (el antiguo Tuxpan) se han encontrado pisos de estuco con conglomerado hecho con pequeños fragmentos de concha; lo singular de las construcciones huastecas es que el estuco se aplicaba directamente sobre la tierra o arena y no, como era frecuente en Mesoamérica, sobre piedra, ladrillo o adobe. Juego mismo fueron

Una característica más de la huasteca son los pisos de barro cocido, encontrados en las cercanías de Pánuco, Tancol, Mahuaves y Vega de Otates. Una vez extendido el barro se alisaba y bruñía. John Muir, viajero inglés describe extraños diseños geométricos - parecidos al actual juego de parkasé- sobre algunos de estos

pisos. El mismo Muir y Ekholm reportan del uso de chapopote para revestir algunas edificaciones.

Es particularmente notable la influencia mexicana en las construcciones y en la escultura en Castillo de Teayo, uno de los sitios huastecas de la costa. Acaso la conquista tolteca de la zona de Teayo se remonte a tiempos del gobierno de Huémac y el sitio haya sido erigido y habitado por los dichos toltecas. Las primeras noticias de Teayo fueron dadas por el arqueólogo alemán Eduard Seler, quién visitó el sitio en 1902 y lo consideró una colonia militar de los aztecas. La pirámide del lugar, conocida como El Castillo se desplanta en la plaza principal del pueblo; está compuesta por tres cuerpos en talud, separados entre sí por un pasillo angosto, en la parte superior permanecen los vestigios de un templete o santuario. El frente de la pirámide se constituye por una escalinata limitada por alfardas, éstas rematan en sendos cubos que sostenían portaestandartes en tiempos prehispánicos. Los rasgos distintivos que he apuntado respecto a Castillo de Teayo, indican con claridad, la imposición de un estilo procedente de tierras centrales mexicanas donde, por entonces, dominaban los mexicanos, estilo distinto del que he caracterizado como huasteca.

Conviene señalar que las escasísimas construcciones dedicadas al Juego de Pelota datan del período posclásico; se conoce de una en Cerro Cebadilla en Ozuluama, Veracruz; Medellín Zenil reporta otra en la huasteca meridional; y Ochoa, cita una más en Metlatoyuca. Es posible que, en futuras exploraciones arqueológicas, se conozca más del Juego de Pelota entre los huastecas, para quienes no debió haber sido fácil sustraerse a la influencia de sus vecinos, los habitantes de El Tajín, en cuyas costumbres el ritual en torno al Juego, y el Juego mismo fueron de radical importancia.

Escultura y Relieve, hombres, jorobados y ancianos.

Las esculturas y los relieves son las expresiones artísticas más sobresalientes de los huastecas. De las aproximadamente 400 esculturas que se les conocen (Fuente de la, et. al., 1980) casi

todas, exceptuando unas pocas, están talladas en la piedra arenisca de la región. Es evidente que las losas de esta piedra, determinaron en buena medida, las características de la escultura huasteca. De tal suerte que se establecieron las formas planas, lápidas estrechas en que se sintetizan cuerpo, extremidades, cabeza y tocado en cono y placa en forma de abanico. Son, en su mayoría figuras hieráticas que señalan el predominio de la abstracción y la geometría en losas como prismas rectangulares de poco grosor. En las esculturas de grandes figuras la parte más ancha de la losa corresponde a las vistas anterior y posterior; en cambio en las figuras de jorobados y de hombres que sostienen una barra, corresponde a la vista de perfil.

No es posible fechar con certeza las esculturas y los relieves huastecos. Quizá la mayor parte fueron ejecutados a lo largo de dos o cuando más de tres siglos, en el posclásico temprano, siglos X a XII. Diseños que aparecen en los recipientes de barro, se encuentran también en las esculturas de piedra, su comparación permite suponer contemporaneidad. Por otra parte algunas de las vasijas antropomorfas son muy semejantes a las tallas pétreas, como por ejemplo, las representaciones de jorobados. Además, ciertas vasijas de forma humana llevan una marca en el rostro, una línea que parte de la comisura externa del ojo y que se prolonga en diagonal a la parte inferior de la oreja del mismo lado; marca semejante, figurada como un reborde, se ve en los rostros de ciertas y excepcionales figuras en piedra. Las esculturas encontradas en Castillo de Teayo, Veracruz, son del posclásico tardío (siglos XIV y XV) y, como dije antes, en ellas es notable la influencia mexicana; de ahí que a pesar de haber sido fabricadas en tierras huastecas, revelan un estilo radicalmente distinto que las antes mencionadas.

De tal suerte que el tema principal de esta escultura es la figura humana: mujeres y hombres, jorobados y ancianos.

El conjunto de figuras femeninas varía desde las formas simples, ejecutadas toscamente, hasta las complejas y cuidadosamente talladas, con vistosos tocados y faldas lisas.

Siempre están de pie, con el cuerpo y la cabeza colocados de frente, los brazos a los lados del cuerpo y las manos apoyadas sobre las costillas o el vientre. El desnudo torso muestra los pechos limitados por un reborde inferior. El tocado es el elemento distintivo huasteco; se compone de una parte constante: un abanico y otras variables: un bloque rectangular y un gorro cónico. Algunos tocados llevan diseños también característicamente huastecos: círculos con un disco central, y discos enmarcados por una banda ondulante. En ciertos tocados de abanico se ven cabezas de serpiente, o ranuraciones radiales; imitan penachos de papel plegado. En casi todas las esculturas femeninas dominan los rasgos de orden geométrico, tanto en el cuerpo como en el gran penacho que la corona; éste se forma de dos rectángulos sobrepuestos frente al abanico, el cual se recorta en superficies angulares en su parte inferior. Otros tocados llevan, frente al abanico, picos abiertos de ave o fauces de serpiente que enmarcan a los inexpresivos rostros. Se ha aseverado que estas figuras representan a la diosa tierra-madre, conocida en tiempos de los mexicas como Ixcuina-Tlazoltéotl.

Las figuras masculinas ofrecen mayor variedad formal. Las hay esquemáticas, con el cuerpo desnudo, sin tocado o con un gorro ceñido que deja ver la acentuada deformación craneana anteroposterior. Otras sobresalen por el cuidado y la finura de su talla. Conjuntos de diseños les cubren el cuerpo, como en el *Adolescente*, o el taparrabo, como en la figura de Ajalpan -ambas en el Museo Nacional de Antropología de México-; están de pie y, por lo general, uno de sus brazos se dobla en ángulo recto. En otras esculturas la mano forma un hueco tubular destinado a colocar un objeto; su ornamento es, con frecuencia, un pectoral curvo en su parte alta, con típicos diseños en relieve; la parte baja es trapezoidal y puede incluir una horadación circular. En otras más se aprecian las costillas, y bajo ellas, un hueco donde se releva el corazón. Muchas usan gorro cónico, que siempre se levanta sobre una banda, y orejeras circulares con ganchos; tales atributos las caracterizan como imágenes de Ehécatl-Quetzalcóatl.

Algunas, además del gorro cónico, llevan el abanico, y alguna más usa máscara antropomorfa con arrugas: la de Amatlán, Veracruz.

Ciertas esculturas masculinas se componen de dos figuras cada una, así, el *Adolescente*, muestra en su espalda una presencia de aspecto infantil, y la *Apoteosis* -en el Museo de Brooklyn- lleva a cuestas un esqueleto. Se ha inferido, comparando los atributos de las esculturas huastecas masculinas con deidades del panteón azteca que son, en lo general, versiones de *Ehécatl-Quetzalcóatl*; en tanto que las compuestas por dos figuras, representan a *Quetzalcóatl* con el sol a cuestas, o son expresiones del concepto dual vida-muerte.

Otro conjunto se integra de figuras de jorobados con protuberancias en la espalda y en el pecho; se sientan sobre sus talones y ponen las rodillas en el suelo. Son, de entre las esculturas huastecas las que más se apegan al dato natural y las que muestran, por lo tanto, mayor individualidad.

La categoría única en la escultura mesoamericana es la del conjunto, de poco más de 40 figuras masculinas, que toman entre las manos una barra o una serpiente erguida. Algunas son, a la vez, jorobados y viejos. Se ha afirmado, de manera especulativa, que están relacionados con cultos fálicos porque lo que sostienen en las manos es precisamente un falo. Ciertamente, hay un enorme falo de piedra que procede de la huasteca, ahora en el Museo Nacional de Antropología; éste en nada se asemeja a las barras o serpientes tomadas por las manos de las esculturas a las cuales me refiero. En realidad tengo, para mí, que se trata de representaciones relacionadas con el antiguo dios del fuego; la barra en cuestión es el *mamalhuaztli*, utensilio que se usaba para encenderlo. Alguna otra versión dice que son viejos plantadores: con la barra horadan la tierra para depositar la semilla.

Los relieves independientes son escasos, y representan escenas sustancialmente distintas a los temas de la escultura. El estilo local de Huilocintla, Veracruz, se distingue porque los personajes principales de esas escenas, llevan a cabo autosacrificios: se traspasan la lengua con una vara de espinas.

Acerca de las esculturas en Castillo de Teayo responden a una visión del mundo diferente de la de los huastecos del posclásico temprano. Durante el posclásico tardío, se percibe influencia decisiva de la cosmovisión mexicana; sobresale la representación de deidades propias de las elevadas tierras del centro de México fabricadas por medio de formas marcadamente cuboides.

Hay otros temas en la estatuaria huasteca además de las representaciones humanas; su número es limitado y tienen apariencia de animales, o bien son discos, cajas, y *cuauhxicallis*.

Pintura.

En 1946 W. du Solier descubrió, en el altar en forma de cono truncado, en Tamuín, San Luis Potosí, el único mural conocido, hasta hace poco tiempo; recientemente se han encontrado otros más en el mismo sitio (llamado también El Consuelo). No parecen igualar la importancia y el valor artístico del primer hallazgo. El altar se desplanta sobre un pequeño adoratorio con la escalinata dirigida hacia el oriente; el friso pintado que lo cubre es de escasos 34 cm. y su desarrollo es de 460 cm. Según el estudio de su descubridor W. du Solier, en 1946, el friso se compone de una banda en la que, sobre el fondo blanco del estuco, se pintó, en rojo oscuro, una serie de personajes. Sobre esta faja pintaron, en verde, otra menor, y sobre esta, otra más de 18 cm. de altura en la cual se alternan diseños de plumas y círculos y, acaso, más personajes -sumamente deteriorados- con grecas. La pintura pudo haber sido realizada, entre los siglos IX y XII de acuerdo con su estilo artístico -comparable con el mixteco puebla- y con la cerámica que se encontró durante las excavaciones.

Los personajes están de perfil, uno detrás de otro y miran en la misma dirección; los cinco primeros van sentados, llevan insignias en sus manos, y en sus rostros se aprecian los dientes limados y los ojos con un apéndice en la comisura externa. Usan grandes tocados de plumas y aves. Los otros siete se representaron en actitud de caminar; en las manos toman abanicos,

sonajas, barras y bastones con plumas. Sus tocados son gorros cónicos, aves, serpientes y una calavera. Se trata de un estilo que recuerda, en mucho, a los relieves de Huilocintla y de Tepezintla, en Veracruz, y a las tallas en concha hechas por los mismos huastecos. El estilo se define por una composición saturada, sin espacio entre los personajes, que dificulta apreciar su autonomía plástica. Línea precisa, firme, sin concesiones ni dudas en su trayecto, perfila tanto a las figuras, como a los múltiples detalles en el vestuario y en los ornamentos; el mural es, en esencia, dibujo vigoroso y definido sobre fondo de color. Diagonales paralelas y convergentes estructuran la composición y le otorgan marcado dinamismo, que se refuerza por la variable disposición de los brazos. Según W. du Solier, los personajes representan a Quetzalcóatl en variadas y distintas advocaciones.

Ornamentos en concha.

Los huastecas elaboraron en conchas marinas (*Strombus*) ornamentos de gran perfección. Destacan los pectorales en forma de espiral -símbolo exclusivo de Quetzalcóatl- y los alargados. Algunos son lisos, otros conservan restos de pintura, y los mejor acabados tienen la superficie grabada y recortada, de modo que se perciben calados. Complicadas escenas de carácter mitológico, cubren las reducidas superficies, en los que, al igual que en el mural de Tamuín, no hay espacios liberados entre las figuras. A menudo, dos figuras humanas -acaso los dioses Mixcóatl y Tlazoltéotl- ocupan la parte superior, en tanto que en la inferior se aprecian dos grandes serpientes enroscadas, que, con las fauces hacia arriba, les sirven de sostén. Miden entre 10 y 19 cm. de largo.

Otros ornamentos de concha son las orejeras: discos delgados de 9 a 10 cm. de diámetro con un solo personaje al cual rodean grecas, formas serpentinadas y otros diseños simbólicos.

Figurillas de barro.

Fueron hechas en un lapso, de cuando menos, dos mil quinientos años, del preclásico medio (1000 a. de C.) al

posclásico tardío (1520). Han sido descritas, de modo principal, por Ekholm (1944) y Mac Neish (1954). Revelan, dentro de su variedad rasgos inconfundiblemente huastecos. Son sólidas, de color crema, con pintura de chapopote para realzar senos, ojos y cejas; van desnudas, salvo un breve taparrabo añadido en pastillaje. Muchas veces las cabezas son planas o cóncavas. La representación más frecuente es la de una bella mujer de cintura estrecha, senos prominentes y apuntados, y caderas exageradamente amplias; se trata de figuritas delicadas, sumamente estilizadas y por ello armónica proporción y singular hermosura. Los hombres son jugadores de pelota con gruesos cinturones, rodilleras y, a veces, manoplas; hay también variedad de músicos.

Las figuras más antiguas son pequeñas, de caras planas y cuadradas. Con el tiempo, los torsos se vuelven alargados y las bocas prógnatas; usan elevados turbantes sobre la evidente deformación craneana. Los ojos están hechos por tres perforaciones, la del centro redonda y las laterales triangulares y oblicuas. Resultan, en verdad, inconfundibles.

Figuras de animales con ruedas -consideradas como juguetes- se encuentran en la huasteca desde el período clásico temprano (250 a 550). Es posible que de ésta región se extendiera la costumbre de su uso hacia la de Veracruz central.

Vasijas de barro.

Hay evidencia de vasijas de cerámica desde el primer milenio antes de la Era cristiana; durante el preclásico tardío (300 a. de C. a 250 d. de C.); muestran entonces influencias de Teotihuacán, de Oaxaca, de la región maya y del centro de Veracruz; es en el período Pánuco IV (600 a 900) cuando se nota un estilo propio que se define en el Pánuco VI (1250 a 1520).

Esta cerámica muestra en su variedad características propias en los platos, vasijas, cajetes, y jarras con asa, vertedera y puente. Las formas son esencialmente orgánicas: antropomorfas, zoomorfas y fitomorfas. Las ollas de apariencia femenina, con senos sumamente apuntadas, revelan el gusto sensual por las formas redondeadas típicas de la región. Los guajes y calabazas

son monocromos, de color crema, en tanto que las otras llevan superficies y diseños lineales de colores oscuros sobresalientes: el café negruzco y el rojo guinda les otorga encanto inconfundible. Los colores también realzan los rasgos faciales y representan los conocidos diseños simbólicos: la doble S invertida, los círculos con disco central, las formas oblongas, hexagonales u octagonales con puntos en su interior, y una cruz parecida a la de Malta.

Un tipo de vasijas lleva -en el recipiente- por única representación un rostro humano maquillado de los colores oscuros antes dichos. Hay también algunas de jorobados que son equiparables a las esculturas en piedra con el mismo tema.

Algo en torno a la religión.

Hay aspectos, ya se dijo, un tanto inciertos en el conocimiento acerca de la cultura huasteca; en ella queda inscrita su religión. Algunos rasgos son evidentes. Así, por ser un pueblo esencialmente agrícola hubo de organizar sus rituales en torno a cultos al sol, a la luna, a las estrellas, a los cambios de las estaciones, a la lluvia, y demás fenómenos naturales pero sólo explicables como hechos sobrenaturales. Por ello su religión giraba en torno a la naturaleza que le propiciaba beneficios o le planteaba adversidades. Había que crear los recursos para controlar, por medio de ceremonias, a las fuerzas naturales concretizadas en diversas deidades. Con el tiempo los huastecas tuvieron que haber dado nombre a los ritos, a las ceremonias y a los dioses, tuvieron, también, que dotarlos de hondos significados y que organizar sus ciclos vitales alrededor de la liturgia religiosa.

H. Beyer ha estudiado el simbolismo y la identidad de algunas deidades en las figuras representadas en los ornamentos de concha (1969:471-526). Supone inclusive que estas anteceden a los dioses toltecas, o sea que la iconografía religiosa tolteca se desarrolló a partir de las imágenes huastecas. Por ello se encuentra, a modo de ejemplo, en el *Códice Borgia* a dioses del pulque (*Patécatl*) con el gorro cónico o *copilli* huasteca; a la

diosa lunar y de las inmundicias *Tlazoltéotl*, con el típico pectoral huasteca, compuesto de un semicírculo y de una forma trapezoidal con perforación circular al centro. En el *Códice Fejérvary-Mayer* se miran a *Mixcoatl* y a *Cuextecátl* con tocados huastecas.

Beyer identifica a otras deidades del panteón mexicana, como de origen huasteca, así habla de la diosa *Ixcuina-Tlazoltéotl*, de *Chicomecóatl*, de *Xochiquetzal*, de *Xipetótec* y de *Ometochtli*. Pero es a *Quetzalcóatl* a quién se confiere definido origen huasteca: "Siendo esta deidad el punto neurálgico de la mitología mexicana, llama la atención de que sus principales insignias o símbolos como lo son el manto de piel de jaguar, el arete doblado en forma de gancho o *epcololli*, el pectoral de concha *ecailacatzcozcatl* y su abanico de plumas, y todo el ciclo de mitos que giran alrededor de Tollan y de Quetzalcóatl, sean originarios de la Huasteca..." (García Payón, 1978:430).

De acuerdo con lo anterior los huastecas fueron grandes fundadores de cultura. Antecedieron en conocimientos y en rituales religiosos a los toltecas de Tula, quiénes, a su vez transmitieron a los pueblos de habla nahuátl, la iconografía huasteca, la cual absorbieron e integraron a su propio panteón. Buen número de los rasgos iconográficos que se reconocen en deidades mexicas, y se nombran con términos nahuas, se suponen de origen huasteca; atributos, ornamentos, emblemas y símbolos que portan tales deidades se miran, a menudo, en las esculturas, en las pinturas, en la decoración cerámica y en los ornamentos de concha que, con lujo, fabricaron los huastecas.

Mucho queda por conocer de las creaciones huastecas para que, por medio de ellas, podamos aproximarnos a su grandeza de modo más justo. Los objetos de arte que exhibe el Museo de Xalapa son suntuosa muestra de calidad; en ellos se reconoce la galanura de uno de los estilos mas definidos que forma parte del universo prehispánico. Su excelencia colabora al orgullo de la fama universal.

Beatriz de la Fuente

BF7C21E68D1F18

Ciudad Universitaria, México, D.F. a 6 de enero de 1992